LIBRO dot.com

Teseo

André Gide



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Dedico este último escrito a ANNE HEURGON, naturalmente, pues gracias a su hospitalidad, a sus constantes atenciones, a sus cuidados, pude llevarlo a término. Asimismo, deseo mostrar mi agradecimiento a JACQUES HEURGON y a todos aquellos que, durante la larga marcha del exilio, me permitieron comprender el valor de la amistad; y, particularmente, a JEAN AMROUCHE por su aliento denodado en un trabajo que, de no ser por él, tal vez jamás hubiera reunido el coraje para iniciar, aunque ocupara mi mente desde hacía años.

Librodot

I

Fue Hipólito, mi hijo, quien hizo nacer en mí el deseo de narrar mi vida para instruirlo; él ya no está pero, aun así, la narraré. Por él no habría osado relatar, como me dispongo a hacer, algunas aventuras galanas: se mostraba en extremo pudiente, tanto que yo no osaba hablar de mis amores en su presencia. Sin embargo, si bien carecieron de importancia superados los primeros años de mi vida, me enseñaron a conocerme a mí mismo, y a los diferentes monstruos que amaestré. Pues «lo importante es saber, en primer lugar, quiénes somos -le decía a Hipólito-; más tarde, convendrá ser conscientes de nuestra herencia y asumirla. Lo quieras o no, eres, como yo, hijo de rey. Nada hay que objetar: es un hecho; obliga». Pero a Hipólito apenas le preocupaba. Menos aún de lo que a mí a su edad y, como yo antaño, se limitaba a saberlo. ¡Oh, primeros años vividos en la inocencia! ¡Negligente formación! Yo era el viento, la ola. Yo era planta; yo era ave. Ultrapasé mi persona, y todo contacto con el mundo exterior sólo me mostraba sus límites tras haber despertado en mí la voluptuosidad. Acaricié los frutos, la piel de los árboles jóvenes, los lisos guijarros de las riberas, el pelaje de los perros, de los caballos, antes de acariciar a las mujeres. Todo aquello que Pan, Zeus o Tetis me mostraban me exaltaba.

Un día mi padre me dijo que las cosas no podían continuar así. ¿Por qué? Porque,

por los dioses, yo era su hijo y debía mostrarme digno del trono que iba a heredar. Cuando mejor me sentía, sentado en la hierba fresca o la arena ardiente... Con todo, no se puede contrariar al padre. Acertaba al educarme en contra de mi propio raciocinio. Y a él le debo todo lo que fui con posterioridad; una vida alejada del abandono, por placentero que pueda ser dicho estado de libertinaje. Me enseñó que no se obtiene nada importante, ni válido, ni siquiera perdurable, sin esfuerzo.

Y mi primer esfuerzo respondió a su invitación. Acaeció al levantar las rocas en busca de las armas que, afirmaba, Poseidón había ocultado bajo una de ellas. Reía al ver cómo, con el entrenamiento, aumentaba mi potencia. Y ese entrenamiento muscular se imponía al de mi voluntad. Una vez desplazadas en aquella vana búsqueda las pesadas rocas de los alrededores, cuando me disponía a afanarme con las losas del zaguán de palacio, me detuvo:

-Las armas -me dijo- importan menos que el brazo que las sostiene; el brazo importa menos que la inteligente voluntad que lo guía. Hete aquí las armas. He esperado a que las merecieras para entregártelas. Ahora siento en ti la ambición de usarlas y el deseo de gloria que no permitirá que las blandas sino en causas nobles y en beneficio de la humanidad. El tiempo de tu infancia ha quedado atrás. Sé hombre. Muéstrales qué puede ser y a qué aspira uno de sus semejantes. Hay grandes cosas por hacer. Cúmplelas.

II

Egeo, mi padre, era un ser excepcional, un hombre como no ha habido otro. En verdad, sospecho que no soy sino su hijo putativo. Así me lo han dicho, y que fui engendrado por el gran Poseidón. Así, debo atribuir a ese dios mi humor cambiante. En cuestión de mujeres, jamás supe sentar la cabeza. En ocasiones, por causa de Egeo. Pero le agradezco su tutela y haber restaurado el culto a Afrodita en el Ática. Lamento que un fatal olvido causara su

muerte: no haber sustituido por velas blancas las negras velas del barco que me devolvía a Creta, tal como habíamos acordado en caso de regresar victorioso de mi arriesgada aventura. No se puede pensar en todo. Pero, a decir verdad y si me lo planteo, algo que no suelo hacer, no podría asegurar que realmente se

debiera a un descuido. Egeo me cohibía, os lo repito, especialmente cuando, por medio de los filtros de la maga, de Medea, que lo veía, como él a sí mismo, como un marido algo viejo, pensó, lamentable ocurrencia, vivir una segunda juventud, obstruyendo así mi carrera, olvidando que a todo el mundo le llega su hora. Y con todo, a la vista de las velas negras... Supe, de regreso a Atenas, que se había lanzado al mar.

Un hecho: creo dejar en legado algunas obras notables; purgué la tierra de multitud de tiranos, bandidos y monstruos; borré algunas pistas azarosas por las que incluso los espíritus más temerarios se introducían temblorosos; clareé el cielo para mitigar la sorpresa del hombre que alzara levemente la cabeza.

Es preciso reconocer que, por aquel entonces, el aspecto de la campiña no era ni mucho menos tranquilizador. Grandes superficies sin cultivar surcadas de caminos poco seguros se extendían entre las escasas aldeas. El bosque era espeso y en las montañas abundaban los desfiladeros. Los parajes más peligrosos estaban infestados de bribones que robaban y asesinaban al viajero cuando no lo secuestraban, y no existía ejército alguno que llevara a cabo el menor control. El pillaje se mezclaba con la rapiña, el salvajismo de las bestias de presa y la perfidia de otros elementos, de modo que era imposible saber qué entidad malvada, divina o humana, había golpeado a la imprudente víctima de un ataque, o adivinar el origen, divino o humano, de ciertos monstruos como la Esfinge o la Gorgona, derrotados por Edipo y Belerofonte. Todo parecía divino, por cuanto era inexplicable, y el terror alcanzó la religión hasta tal punto

que el heroísmo llegó a ser considerado impío. La primera victoria del hombre, y la más importante, sería sobre los dioses.

Hombre o dios, únicamente tras blandir su arma para volverla contra él, como hiciera con la maza de Perifete, el taciturno gigante de Epidauro, podemos considerar la victoria un hecho.

Y llegará el día en que el relámpago de Zeus, os lo digo, será entregado a los hombres, como hiciera Prometeo con el fuego. Sí. Son estas victorias definitivas. Pero con las mujeres, mi fortaleza y mi debilidad, siempre he tenido que volver a empezar. No bien escapaba de una, volvía a caer ante los encantos de otra, y no conquistaba a ninguna sin haberlo sido yo anteriormente. Pirito tenía razón cuando afirmaba (¡ah, qué bien me entendía con él!) que lo importante era no dejarse amedrentar por ninguna, como Hércules en brazos de Onfalo. Y como quiera que no he querido, ni he podido, privarme de las mujeres, me repetía tras cada huida amorosa:

-No te detengas; a por la siguiente. Aquella que, so pretexto de salvaguarda, quiso atarme, unirme a ella por medio de un hilo, cierto es que tenso aunque inextensible, fue justamente quien... Pero aún no ha llegado el momento de referirnos a ella.

De todas, Antíope fue quien más cerca estuvo de cazarme. Reina de las amazonas, carecía, al igual que sus súbditas, de un pecho, si bien dicha falta no la deslucía en absoluto. Entrenada en la carrera y la lucha, sus músculos eran firmes, tanto como los de nuestros atletas. Luché contra ella. En mis brazos se debatía como una peonza. Desarmada, se servía de uñas y dientes, furiosa por mis carcajadas, pues yo también me ha-

llaba desarmado, y por no poder evitar amarme. Jamás poseí nada tan virginal. Y apenas me importó, más tarde, que no amamantara a mi Hipólito, su hijo, más que con un pecho. Casto, salvaje, de él quería hacer mi heredero. No tardaré en hablar del dolor que inundó mi

vida, pues no basta con ser y haber sido: debemos legar y hacerlo de modo que ese ser no se acabe en uno mismo, me decía una y otra vez mi abuelo. Piteas y Egeo eran mucho más inteligentes que yo; como también lo es Pirito. Pero me reconocen cierto sentido común; el resto llega por añadidura, junto con el deseo, que jamás me ha traicionado, de actuar correctamente. También mora en mi interior el coraje que me lleva a lanzarme a audaces empresas. Era, asimismo, ambicioso: las hazañas de mi primo Hércules que llegaban a mis oídos impacientaban mi juventud y

cuando, desde Trecen, donde me había criado, tuve que viajar a Atenas para unirme a mi padre putativo, desoí los consejos, por sabios que eran, de embarcarme, siendo la ruta de la mar mucho más segura. Lo sabía pero, por esos mismos peligros, la ruta terrestre y el inmenso rodeo que debía dar me tentaban: se me presentaba, por fin, la ocasión de demostrar mi valor. Todo tipo de bribones comenzaban a infestar el país y se entregaban a sus fechorías desde que Hércules se había afeminado a los pies de Onfalo. Tenía dieciséis años. Todo estaba de mi lado. Era mi hora. Me dejaba llevar por un corazón que latía con fuerza. ¡Para qué quiero una ruta segura!, proclamaba. ¡Yo seré quien limpie el camino! Despreciaba el reposo sin gloria y la comodidad, y la pereza. Camino de Atenas, a través del istmo del Peloponeso, me puse a prueba y cobré conciencia de la fuerza de mis brazos y mi corazón al acabar con algunos egregios bandidos: Sinnis, Perifete, Procustes, Gerión (no, éste cayó ante Hércules, quería decir Cerción). Cometí entonces un pequeño error en la persona de Escirón, un hombre digno, de buena voluntad y hospitalario con los caminantes; pero me avisaron demasiado tarde y, como ya le había dado muerte, decidí que debía de ser un asaltante.

Camino de Atenas, asimismo, en un campo de espárragos me sonrió mi primera conquista amorosa. Perigone era grande y ágil. Yo acababa de matar a su padre y la recompensé con un precioso hijo: Menalipos. Perdí de vista a uno y a otro cuando posé mi vista en otra, pues no quería detenerme. Así, nunca estaba ocupado, ni me retenía el pasado, tanto menos cuanto que tampoco me requería lo que aún me restaba por ha

cer; lo más importante parecía estar siempre por llegar.

No voy a perder el tiempo con las pequeñeces de un pasado en que no me comprometí salvo lo justo. Pero heme aquí frente a una aventura admirable y sin parangón con las de Hércules. Y debo extenderme en su relato.

III

Una historia demasiado complicada. Empezaré por decir que la isla de Creta era poderosa. Su rey era Minos. Culpaba a Ática de la muerte de su hijo Androgeo y, a modo de represalia, nos exigía un tributo anual: siete muchachos y siete muchachas debían serle entregados para satisfacer, se decía, los apetitos del Minotauro, el monstruoso hijo

que Pasifae, la esposa de Minos, concibió por obra de sus relaciones con un toro. El azar designaba a las víctimas.

Aquel año yo acababa de llegar a Grecia. Aunque la suerte no me señaló, pues nunca designa a los príncipes, exigí formar parte del grupo, no obstante la resistencia del rey, mi padre. No sé valerme de mis privilegios, ni deseo distinguirme de mis semejantes sino por mi gallardía. Deseaba vencer al Minotauro y liberar, al tiempo, a Grecia de aquel abominable impuesto. Sentía, además, curiosidad por Creta, de donde sin cesar nos llegaban objetos

Librodot

preciosos, ricos y peculiares. Así, partí junto a los trece restantes, entre quienes se hallaba mi amigo Pirito.

Arribamos una mañana de marzo a Amnisos, una pequeña aldea que le sirve de puerto a la cercana Cnossos, capital de la isla, donde Minos ordenó levantar su palacio y reside. Debíamos llegar la noche anterior, pero una violenta tempestad nos retuvo. No bien hubimos desembarcado, unos guardias armados nos rodearon, se apoderaron de mi espada y de la de Pirito y, tras asegurarse de que no llevábamos más armas encima, nos condujeron a presencia del rey, que se había desplazado desde Cnossos con su corte para acudir a nuestro encuentro. Las gentes del pueblo, venidas en masa, se apelotonaban alrededor de nosotros para contemplarnos. Los torsos de los hombres estaban desnudos. Tan sólo Minos, sentado bajo su palio, lucía un vestido de una sola pieza, cortado de una tela rojo oscuro que le caía por los hombros, formando pliegues majestuosos, hasta llegar a los tobillos. En su pecho, semejante al del propio Zeus, se disponían tres filas de collares. Aunque muchos cretenses gustan de adornarse con semejante pedrería, su origen es vulgar; los de Minos, no obstante, estaban engastados de gemas y piezas de oro cincelado a modo de flores de lis. La doble hacha presidía su trono y con la mano derecha sostenía, por delante del cuerpo, un cetro de oro, de su misma altura; con la otra, una flor trilobulada, cual la de los collares y, aunque mayor, también de oro. Por encima de la corona de oro se erigía un penacho de plumas de pavo real, avestruz y alción. Nos observó largamente, después de habernos dado la bienvenida a su isla con una sonrisa que podía ser irónica, pues ya habíamos viajado como reos. Junto a él, de pie, se encontraban la reina y las dos princesas, sus hijas. Al instante tuve la sensación de que la mayor se fijaba en mí. Como la guardia se dispusiera a llevársenos, la vi inclinarse hacia su padre y decirle en griego, pues aunque lo hizo en voz baja, mi

oído es agudo: «Te lo suplico, no a éste», al tiempo que me señalaba con el dedo. Minos sonrió de nuevo y ordenó a los guardias que me separaran de mis compañeros. No bien estuve solo frente a él, comenzó a interrogarme.

Aun cuando me prometiera actuar con prudencia extrema y no desvelar en nada mi noble abolengo, y mucho menos mi temeraria empresa, de súbito me pareció que más valía jugar limpio, por cuanto había llamado la atención de la princesa y que nada la uniría más a mí, ni me sería más útil para granjearme el favor del rey que declarar abiertamente que era el nieto de Piteo. Aseguré incluso a media voz que, según se decía en el Ática, era hijo del gran Poseidón. A lo que Minos objetó, grave, que para esclarecer las cosas me sometería poco después a la prueba de la marea. Respondí, con suficiencia, que no temía reto alguno, convencido como estaba de salir triunfante. Las damas de la corte, e incluso el mismo Minos, se mostraron emocionadas ante mi aplomo.

-Ahora -dijo Minos-, id a comer. Vuestros compañeros ya están en la mesa y os aguardan. Después de una noche tempestuosa no cabe duda de que tendréis, como decimos aquí, necesidad de tomar. Descansad. Cuento con que asistiréis, al final de la jornada, a los juegos solemnes que celebramos con motivo de vuestra llegada. Más tarde os conduciremos, príncipe Teseo, a Cnossos. Dormiréis en una alcoba de palacio y mañana participaréis en el ágape vespertino, una cena sencilla, familiar, donde os sentiréis a gusto y durante la cual las damas estarán dichosas por oír el relato de vuestras primeras hazañas. Dispongámonos ahora a asistir a la fiesta. Ahí nos reuniremos y vos y vuestros compañeros ocuparéis los asientos que se encuentran bajo la tribuna real, habida cuenta de vuestro título de príncipe que, por extensión, glorificará a vuestros compañeros de quienes, con todo, no quiero distinguiros públicamente.

Los fastos tuvieron lugar en un majestuoso hemiciclo abierto al mar. Acudió un gran número de espectadores, tanto hombres como mujeres, procedentes de Cnossos, de Litos, e

Librodot

incluso de Gortina, a pesar de los, me dijeron, doscientos estadios de distancia, así como de otras ciudades y poblaciones vecinas y del campo que, según parece, está densamente habitado. Todo me sorprendió y me es imposible asegurar hasta qué punto me resultaron extraños los cretenses. Como les fuera imposible encontrar plazas en las gradas del anfiteatro, caminaban a empellones por los pasillos y los escalones. Las mujeres, tan numerosas como los hombres, mostraban en su mayoría la espalda desnuda; algunas, apenas unas pocas, lucían un cuerpo escotado en exceso, según una costumbre que me pareció, debo confesarlo, impúdica pues dejaba al descubierto los senos. Ellos y ellas, ceñidos hasta el absurdo por corpiños bajos y cinturones, se asemejaban a relojes de arena. Los hombres, de uniforme piel morena, mostraban en las manos, muñecas y cuello casi tantos anillos, brazaletes y collares como las mujeres, de piel blanca. Los semblantes eran lampiños, con la sola excepción del rey, de Radamante, su hermano, y de su amigo Dédalo. El vestuario de las damas de la corte, aposentadas en el estrado situado por encima del que nos habían asignado, con una posición privilegiada sobre la arena, desplegaba un lujo prodigioso, al igual que en los ornamentos.

Todas vestían faldas con volantes, que se henchían a la altura de las caderas y caían hasta los pies, calzados con botines de cuero blanco, formando arrequives bordados; entre todas, la reina, en el centro del estrado, destacaba por su boato. Mostraba al descubierto los brazos y el inicio del pecho. Sobre sus senos generosos se repartían perlas, esmeraldas y pedrería. Era mujer de labios carnosos, nariz respingona y enormes ojos vacíos, de mirada, se diría, bovina. Una suerte de diadema de oro la tocaba, aunque no culminaba su cabellera sino un ridículo sombrero de tela que, atravesado por la diadema, acababa en una punta inclinada, como un cuerno frontal. El corpiño, que descubría su busto hasta la cintura, ascendía por la espalda para acabar en un inmenso cuello de boca. La falda, alrededor de su talle, dejaba admirar sobre un fondo crema, escalonados en tres filas, iris púrpuras, azafranes y, a los pies, hojas de violeta bordadas. Al volverme, pues quedaba a sus pies, me maravillaba tanto la belleza de la elección de los colores y del diseño como la finura y perfección del trabajo.

Ariadna, la hija mayor, a la derecha de su madre, presidía la corrida, menos suntuosamente ataviada que la reina y con colores diferentes. Su falda, como la de su hermana, no constaba más que de dos hileras de bordados: en el superior, perros y ciervas; en el inferior, perros y perdices. En Fedra, algo más joven y a la izquierda de Pasifae, la superior mostraba unos niños corriendo; la inferior, unos chiquillos agachados, jugando a las canicas. Sentía un placer casi infantil ante semejante espectáculo. Apenas la observaba, atónito por tanta novedad; con todo, no dejaba de deslumbrarme la agilidad, la presteza y la flexibilidad de los acróbatas que salieron a la arena una vez los corifeos, las bailarinas y los luchadores les hubieron cedido el escenario. Yo, que en breve debía enfrentarme al Minotauro, me aleccionaba observando sus piruetas y sus pasos, cuyo objeto no era sino cansar y aturdir al toro.

IV

Cuando Ariadna hubo hecho entrega del último premio al último ganador, Minos, levantada la sesión y escoltado por los miembros de la corte, me ordenó presentarme ante él en solitario.

-Ahora deseo conduciros, príncipe Teseo -me dijo-, a un lugar a orillas del mar para someteros a la prueba que nos demostrará si realmente sois hijo del dios Poseidón, tal como

Librodot

asegurabais hace un momento. Así, me guió a un saliente rocoso a cuya base iban a morir las olas del mar.

-Lanzaré al piélago mi corona -prosiguió el rey-, y confío en que os zambulliréis para devolvérmela.

Nos acompañaban la reina y las princesas, deseosas de presenciar la hazaña, de modo que, enardecido por su presencia, objeté:

-¿Soy acaso un perro para llevarle un objeto, aun tratándose de una corona, a su amo? Dejad que me sumerja sin cebos. De mi inmersión os traeré algún objeto que probará mi linaje.

Pero no me detuve ahí. Un viento fuerte que se acababa de levantar arrebató el chal de los hombros a Ariadna. El soplo de aire lo condujo hacia mí. Lo sostuve, sonriendo,

como si la princesa o algún dios me lo hubieran ofrecido. De inmediato, despojándome del jubón que me envaraba, me ceñí el chal en torno de los riñones, lo pasé por la entrepierna y lo até por la parte delantera. Si bien parecía más un acto de pudor antes que el deseo de no exponer mi virilidad ante aquellas mujeres, lo cierto es que me sirvió para disimular el cinturón de cuero que aún conservaba y del que colgaba una escarcela. Su interior no contenía piezas de metal sino piedras preciosas procedentes de Grecia, pues sabía que la pedrería conserva su valor en todo el mundo.

Así pues, tras inspirar profundamente, me zambullí.

Me dejé arrastrar hasta las profundidades y no emergí hasta haber sacado de la escarcela un ónice y dos crisoprasas. De nuevo en la orilla, ofrecí, desplegando toda mi galantería, el ónice a la reina y, a cada una de las princesas, las crisoprasas, fingiendo haberlas recogido del fondo o, mejor aún, pues no era verosímil que semejantes piedras, tan escasas en nuestro suelo, se encontraran con facilidad en las profundidades, ni que yo hubiera tenido tiempo de recogerlas, afectando que el mismísimo Poseidón me las había ofrecido para poder obsequiarlas a las damas, demostración suprema de mi origen divino y de la protección que me brindaban los dioses.

Al instante, Minos me devolvió mi espada.

Poco después llegaron unos carros que nos llevaron a Cnossos.

V

Estaba exhausto, tanto que dejó de sorprenderme el enorme patio de palacio, o la monumental escalera con la balaustrada, o los tortuosos pasillos por donde lacayos diligentes, portando antorchas, me guiaron, a través de la segunda planta, hasta el aposento que me había sido reservado, iluminado por no pocas lámparas que se apagaron de improviso, a excepción de una. Sobre un lecho mullido y perfumado, una vez me hubieron abandonado, me sumí en un profundo sueño hasta la noche del segundo día, toda vez que no había dormido durante el largo trayecto. Pues habíamos llegado a Cnossos con las primeras luces de la mañana, tras haber viajado toda la noche.

No soy, ni mucho menos, cosmopolita. En la corte de Minos, por vez primera, com-

prendí mi origen heleno y me sentí extraño. Me chocaba todo lo ajeno: las costumbres, el vestuario, la manera de comportarse, los muebles; en casa de mi padre, el mobiliario era escaso, los instrumentos y el modo de usarlos. Entre tanto refinamiento me veía como un salvaje y mi torpeza crecía tanto más cuanto me causaba hilaridad. Me había acostumbrado a

morder las vituallas, llevándomelas a la boca con los dedos, y los ligeros tenedores de metal o de hueso cincelado, los cuchillos que usaban para cortar la carne me resultaban tanto más insostenibles que las armas de combate más pesadas. Las miradas se posaban en mí; y, obligado a conversar, mi desacierto parecía acrecentarse. ¡Dios, qué extranjero me sentía! Yo, acostumbrado a estar sólo a mi servicio, por vez primera me hallaba en sociedad. Atrás quedaban las luchas y las imposiciones. Había que agradar, y mi falta de mundo era preocupante.

Cené flanqueado por las dos princesas. Una comida familiar, sin ceremonial, me aseguraron. Y, de hecho, aparte de Minos y la reina, Radamante, el hermano del rey, ambas princesas y su joven hermano Glauco, en ella no tomó parte ningún otro convidado salvo el preceptor griego del infante, procedente de Corinto y que ni siquiera me fue presentado.

Me rogaron que narrara en mi lengua, que todos los miembros de la corte comprendían y hablaban habitualmente, si bien con un ligero acento, lo que denominaban mis hazañas y tuve el gozo de ver a la joven Fedra y a Glauco ser presa de unas sonoras carcajadas durante el relato de los usos de Procustes para con los viajantes y que yo mismo le infligí, amputando todas aquellas partes de su cuerpo que sobresalían de la toesa. Cautamente, evité toda alusión al motivo de mi viaje a Creta, fingiendo no ser más que un vulgar viajero.

Durante toda la cena, Ariadna acarició mi rodilla por debajo de la mesa; pero era, sobre todo, el calor que emanaba de la joven Fedra lo que me turbaba. Mientras Pasifae, la reina, frente a mí, me devoraba con la mirada, Minos, a su lado, sonreía impasible. Nadie salvo Radamante, con su larga barba rubia, parecía enfurruñado. Ambos abandonaron la sala después del cuarto servicio para, aseguraron, reunirse. Tardé en comprender qué habían querido decir con aquello.

Aún no me había recuperado del mareo; comí mucho y bebí abundantemente de todos los vinos y licores que me sirvieron de modo que, al cabo de poco, no sabía dónde me encontraba pues no estaba acostumbrado a beber más que agua o vino aguado. Antes de perder la compostura, cuando aún era capaz de ponerme en pie, rogué me excusaran. La reina me condujo a un pequeño aseo adyacente a sus aposentos. Tras vomitar, me uní a ella, tumbada en un diván de su cámara, donde empezó a cortejarme.

Joven amigo... permitidme que os llame así -me dijo-, aprovechemos que estamos aquí solos. No soy lo que creéis y no me interesa en absoluto vuestra persona, por adorable que sea... -Y, mientras argüía que se dirigía a mi alma o a no sé qué entidad interior, continuó paseando sus manos por mi frente e, insinuándolas sobre el jubón de cuero, palpó mis pectorales como para cerciorarse de la realidad de mi presencia.

»Sé qué os ha conducido hasta aquí y quiero evitar un error. Traéis la muerte. Habéis venido a luchar contra mi hijo. Desconozco qué os han explicado de él y tampoco me interesa saberlo. ¡Ah! ¡No cerréis vuestros oídos a los ruegos de mi corazón! Sea o no sea aquel al que llaman Minotauro el monstruo que os han descrito, recordad que es también mi hijo.

Juzgué oportuno reconvenirla afirmando que no carezco de gusto por los monstruos, pero ella continuó sin prestarme atención:

-Comprended, os lo ruego; soy de temperamento místico. No amo sino lo divino. Lo molesto es no saber dónde empieza y termina el dios. A menudo he frecuentado a Leda, mi prima. Por ella, dios se transfiguró en cisne. Minos comprendió mi anhelo por darle como heredero a un dioscuro. Pero ¿cómo distinguir lo animal en la semilla misma de los dioses? Sí, posteriormente, he tenido ocasión de lamentar mi error, y soy consciente que hablando así mi historia queda desprovista de toda magia, os aseguro, ¡oh Teseo!, que en aquel momento fue divino. Pues sabed que mi toro no era una bestia ordinaria. Me lo había enviado Poseidón. Teníamos que ofrecérselo en holocausto, pero era tan hermoso que Minos no pudo consumar

Librodot

el sacrificio. Y eso nos permitió, posteriormente, convertir mi deseo en la venganza de un dios. Tampoco ignoráis que mi suegra, Europa, fue secuestrada por un toro que ocultaba a Zeus en su interior. De su himen nació el propio Minos. Y por ese motivo siempre han ocupado los toros un lugar honorable en su familia. Y cuando, después del nacimiento del Minotauro, veía cómo el rey fruncía el entrecejo, no podía dejar de recordarle: «¿Y tu madre?» Y se doblegaba y admitía que había podido equivocarme. Es un hombre sabio.

Cree que Zeus lo ha nombrado juez, y también a su hermano Radamante. Afirma que sólo después de haber comprendido se puede juzgar acertadamente y cree que no será un buen juez hasta que lo haya experimentado todo, ya en sus propias carnes, ya en su familia. Es un estímulo para los suyos. Sus hijos, yo misma, todos en nuestra diversidad trabajamos, cada uno a su manera, por su carrera. El Minotauro también, sin ser consciente. He venido a pediros, Teseo, a rogaros encarecidamente que no le hagáis daño sino que os unáis a él, y acabéis así con un malentendido que opone a Creta y Grecia, para infortunio de nuestros dos países.

Su apremio crecía conforme avanzaba en su discurso, tanto que llegó a incomodarme, fruto asimismo de los vapores del vino que se mezclaban con el intenso aroma que rezumaban sus senos y su cuerpo.

-Regresemos a lo divino -proseguía-. No debemos alejarnos nunca de él. Vos mismo, vos mismo, ¡oh, Teseo! ¿Acaso no os sentís habitado por un dios?

Me exasperó recordar que Ariadna, la hija mayor, de una belleza extraordinaria, menos turbadora sin embargo que la de la menor, antes de sentirme indispuesto del todo, me había asegurado, tanto con gestos como a media voz, que, tan pronto me recuperara, me esperaría en la terraza.

VI

¡Menuda terraza! ¡Y menudo palacio! ¡Oh, jardines en éxtasis, suspendidos bajo la luna a la espera de nadie sabe bien qué! Corría el mes de marzo; una brisa extraordinaria anunciaba la primavera. Mi malestar se disipó en cuanto volví al aire libre. No soy hombre de interior y necesito sentir el aire en mis pulmones. Ariadna corrió a mí y al instante cubrió con sus cálidos labios los míos. Tanta era su vehemencia que trastabillamos.

-Ven -me dijo-. Poco me importa que nos vean, pero hablaremos mejor bajo los terebintos. -Y, bajando unos escalones, me condujo a un rincón del jardín más poblado donde enormes árboles ocultaban la luna aunque no su reflejo, que se proyectaba en el mar. Se había cambiado de ropas, sustituido la falda de volantes y el cuerpo de ballena por una suerte de vestido flotante bajo el que se adivinaba su desnudez.

»Imagino lo que mi madre te habrá dicho -agregó-. Está loca, loca de atar, y no debes tener en cuenta sus palabras. Ante todo, has de saber que aquí corres un gran peligro. Vienes a enfrentarte, lo sé, a mi hermanastro el Minotauro. Préstame atención. Le vencerás, estoy convencida; basta con verte para saberlo sin el menor asomo de duda. (¿No crees que es un verso precioso? ¿Eres sensible?) Pero, del laberinto habitado por el monstruo nadie ha podido escapar hasta la fecha; y tú tampoco podrás si yo, tu amante, tu futura amante, no acudo en tu ayuda. No tienes ni idea de lo complicado que es el laberinto. Mañana te presentaré a Dédalo; él te lo dirá. Él lo construyó, pero ni siquiera es capaz ya de guiarse por su interior. Te relatará cómo su hijo Ícaro, que osó penetrar en él, no pudo escapar sino por los aires, con la

ayuda de unas alas. Pero no te lo aconsejo: es demasiado arriesgado. Debes entender que no hay más solución que no abandonarme, jamás. Tú y yo consagraremos, desde ahora, nuestros destinos a la vida, a la muerte. Sólo gracias a mí, por mí, en mí, podrás orientarte. Lo tomas o lo dejas. Si me dejas, la desgracia caerá sobre ti. Empieza, pues, tomándome. -Tras esto, se ofreció a mis brazos y me retuvo entre los suyos hasta la mañana.

Aquellos momentos, debo confesarlo, se me hicieron eternos. jamás me ha gustado el reposo, aun cuando su escenario sea un paraje delicioso, y, así, no bien se marchita aquel instante, mi única idea es seguir adelante. De improviso me dijo:

-Lo has prometido.

No había prometido nada en absoluto, pues no ansío nada tanto como la libertad. No me debo sino a mí mismo.

Si el embriago obnubiló mis facultades de observación, su actitud distante se desmoronó al poco, con tanta sencillez que me cuesta imaginar haber sido el primero. Advertirlo me confirió, entonces, la autorización para librarme de Ariadna. No tardó en hacérseme insoportable. Y sus lamentaciones de amor eterno, y los apelativos cariñosos con que me colmaba, insoportables. Era, por turnos, su bien, su canario, su perrito, su terzuelito, su cariñito... Aborrezco los diminutivos. Por si no hubiera tenido ya bastante, vivía literariamente.

-Mi corazoncito, los iris pronto se ajarán -me decía no bien habían empezado a abrirse-. Sé que todo pasa; pero no me ocupo más que del presente.

Proseguía:

-No puedo pasar sin ti.

Así que yo sólo pensaba en pasar sin ella.

-¿Qué dirá de esto el rey, tu padre? -le pregunté en una ocasión.

Su respuesta:

-Minos, mi amor, lo soporta todo. Afirma que no hay nada más sensato que admitir aquello que no podemos evitar. No alzó la voz en la aventura entre mi madre y el toro; se limitó a argüir «Me cuesta entenderos», cuando mamá se lo hubo explicado. «Lo hecho, hecho está, y nada puede ya deshacerlo», añadió. Y con lo nuestro sucederá otro tanto. Todo lo más, te expulsará de la corte, pero ¡qué importa! Allá donde vayas, te seguiré.

Eso ya lo veremos, pensé.

Tomamos un ligero tentempié y le rogué que me condujera hasta Dédalo con quien, le dije, deseaba hablar a solas. No me abandonó hasta que le juré, por Poseidón, que no tardaría en reunirme con ella en palacio.

VII

Dédalo se levantó para recibirme en la sala apenas iluminada donde lo sorprendí inclinado sobre unas tablillas y unos planos desplegados, rodeado por multitud de extraños instrumentos. Es de estatura elevada y, a pesar de su edad, no está aún giboso; luce una barba más larga aún que la de Minos, que no ha perdido su tono negro. La de Dédalo es argéntea. Unas profundas arrugas horizontales surcan su frente. Las espesas cejas le cubren a medias la mirada cuando baja la cabeza. Su habla es pausada y la voz, profunda. Cuando calla, lo hace para pensar.

Librodot

Comenzó felicitándome por mis proezas, cuyos ecos, me confesó, habían llegado hasta él, aun estando al abrigo de los ruidos mundanales. Añadió que yo le parecía algo bobo, que no le agradaban especialmente las hazañas militares, ni que los brazos de un hombre fueran la medida de su valor. -Antaño solía frecuentar a tu predecesor Hércules. Era un individuo simple y no se podía contar de él nada salvo heroicidades. Sin embargo, lo que me gustaba de él, como lo aprecio en ti, es una suerte de devoción por el trabajo, de audacia sin vuelta atrás, de temeridad incluso que os precipita hacia adelante y derrota al adversario después de haber derrotado al cobarde que todos llevamos dentro. Hércules era más aplicado que tú; le preocupaba mantenerse en el camino correcto; algo triste, sobre todo una vez culminada la gesta. Lo que admiro en ti es la alegría, que te distingue de Hércules. Me congratula ver que no te dejas amedrentar por las ideas. Eso les corresponde a los demás, a quienes no actúan sino que nos proporcionan razones para actuar.

»¿Sabes que somos primos? ¿Que yo también, aunque te ruego no se lo repitas a Minos, pues lo ignora, soy heleno? Abandoné apenado el Ática por causa de algunas diferencias con mi sobrino Talos, escultor como yo, mi rival. Se había granjeado el favor popular al pretender que los dioses, cuyas imágenes proyectaba desde la base, se mantuvieran en una postura hierática, incapaces de describir cualquier movimiento; mientras que, liberando sus miembros, yo los acercaba a nosotros. El Olimpo y la tierra, gracias a mí, volvían a ser uno. Además, yo aspiraba a hacer del hombre, por medio de la ciencia, un semejante de los dioses.

»A tu edad, lo que más deseaba era instruirme. No tardé en convencerme de que la fuerza del hombre no sirve de nada, o sirve poco, si se carece de los instrumentos y que el adagio "más vale maña que fuerza" es totalmente cierto. No dudo que te habría sido imposible subyugar a los bandidos del Peloponeso o del Ática sin las armas que te confió tu padre. Así, creía yo también que no podía hacer nada mejor que perfeccionarlas, aunque debía aprender antes tantas matemáticas, mecánica y geometría como se conocían por entonces en Egipto, donde han sacado un gran partido de esas ciencias. Antes de pasar de la teoría a la práctica, debía aprender todas las propiedades y las cualidades de los diferentes materiales, incluso de aquellos cuyo uso no me parecía inmediato y en los que, a menudo, descubrimos virtudes extraordinarias e inimaginadas, como sucede con los hombres. Así se ampliaba y se fortalecía mi saber.

»Con el fin de conocer otros oficios e industrias, otros climas, otras plantas, visité países lejanos, ingresé en escuelas de sabios y no me separé de ellos mientras les quedara algo por enseñarme. Con todo, allá donde me encontrara, continuaba sintiéndome griego. Por eso mismo, porque te sé y te siento hijo de Grecia, me intereso por ti, primo mío.

»De regreso en Creta, le comuniqué a Minos mis estudios y mis viajes, y le hice partícipe de un proyecto que había ido incubando: la construcción, junto a su palacio, si así lo deseaba y me proporcionaba los medios, de un laberinto semejante al que había admirado en Egipto, a orillas del lago Moeris, aunque sus planos serían diferentes. Comoquiera que por aquellos días Minos estaba apesadumbrado, pues la reina se había entregado a un monstruo y parido un Minotauro, y puesto que no sabía qué hacer con él y que lo más acertado era aislarlo y alejarlo de los ojos del pueblo, me rogó que levantara un edificio y unos jardines no cercados que, sin que por ello aprisionaran al monstruo, lo retuvieran e hicieran imposible su huida. Y a esa tarea dediqué mis horas y mis conocimientos.

»Ahora bien, considerando que no hay cárcel que valga para quien de ella quiere huir, ni barreras o fosos que la astucia o la resolución no puedan franquear, consideré que, si deseaba retenerlo en el laberinto, más valía construirlo no de modo que no pudiera, no me malinterpretes, sino que no deseara salir de él. Reuní con este propósito en el lugar aquello que podía satisfacer toda clase de apetitos. Los del Minotauro no son ni numerosos ni

Librodot

diversos; pero había que responder a los de todo aquel que se aventurara en el laberinto. Era fundamental alienar su voluntad hasta aniquilarla. Preparé electuarios que mezclé con los vinos que se servían. Pero no era suficiente y encontré el medio de mejorarlo. Con el tiempo había observado que determinadas plantas, al consumirse en el fuego, desprenden unos vapores seminarcóticos cuya utilización me pareció excelente. Respondieron exactamente a lo que esperaba de ellas. Ordené que se usaran para alimentar unos infiernillos que se mantendrían encendidos día y noche. Los potentes vapores que se generan no actúan únicamente sobre la voluntad, adormeciéndola; procuran un estado de ebriedad pródiga en falsas percepciones, invitan al cerebro a distraerse en actividades vanas y lo colman de espejismos; y digo vana porque desembocan en hechos imaginarios, en visiones o especulaciones inconsistentes, sin lógica ni fundamento. Los vapores no operan por igual en todo aquel que los inhala sino que cada uno, como consecuencia del caos que nace en su cerebro, se pierde, si así me permites decirlo, en su propio laberinto. En el caso de mi hijo Ícaro fue metafísico. En mi caso, son construcciones inmensas, la comunión del palacio y los pasillos, las escaleras... en las que, al igual que en las especulaciones de mi hijo, todo conduce a un impasse, a un misterioso "no más allá". Con todo, lo más sorprendente es que dichos perfumes, una vez aspirados, crean adicción; el cuerpo y el alma quedan cautivados por un malicioso embriago fuera del cual la realidad parece no tener atractivo alguno y, así, uno no desea regresar; y es esto, sobre todo esto, lo que les retiene en el laberinto. Conocedor de tu deseo de aventurarte para combatir al Minotauro, te advierto; y si me he prodigado en explicaciones sobre el peligro, lo he hecho para ponerte sobre aviso. No conseguirás salir solo; debe acompañarte Ariadna. No obstante, ella permanecerá en el umbral y no respirará los vapores. Es vital que conserve su sangre fría mientras tú sucumbes al encanto. Aun así, incluso ebrio, deberás dominar tus impulsos: ésa es la clave. Tal vez tu voluntad no sea suficiente (pues, ya te lo he dicho, las emanaciones la consumen), pero he ideado algo más: únete a Ariadna mediante un hilo, la figuración tangible del deber. El hilo te permitirá, te forzará a regresar junto a ella en cuanto te alejes. No cedas al impulso de romperlo, cualesquiera sean los encantos que te brinde el laberinto, la atracción de lo desconocido, los pasos que dé tu valor. Regresa a ella, u olvídate de todo, de lo mejor. El hilo te mantendrá unido al pasado. Regresa a él. Regresa a ti. Pues nada procede de la nada y es en el pasado, en lo que eres hoy, donde se apoya tu futuro.

»No me habría dejado llevar por mis palabras si no me interesara por ti. Antes, sin embargo, de que te encamines hacia tu destino, quiero que escuches a mi hijo. Así, con sus palabras, comprenderás el peligro al que te enfrentarás. Aun cuando consiguiera escapar, gracias a mí, de los sortilegios del laberinto, su alma quedó desgraciadamente sometida al imperio de su maleficio.

Se dirigió a una puerta baja y, alzando la colgadura que la cubría, dijo en voz alta: -Ícaro, bienamado hijo, muéstranos tu angustia; continúa, como en soledad, con tu monólogo, sin preocuparte por mí ni por mi huésped. Como si no estuviéramos.

VIII

Vi entrar a un joven, más o menos de mi edad, que, en la penumbra, era de una belleza extraordinaria. Su melena rubia le caía, rizada, sobre los hombros. La mirada fija parecía no detenerse en los objetos. Desnudo hasta la cintura, un corpiño metálico ceñía su talle. Un

Librodot

taparrabos de tela oscura y cuero, tal como creí advertirlo, le llegaba hasta la parte superior de la ingle y quedaba fijado por un extraño nudo ancho y hueco. Unos botines de cuero blanco, como indicando que se disponía a salir, llamaron mi atención; pero sólo su espíritu se movía. No parecía vernos. Al tiempo que, sin duda, proseguía con su caminar espiritual, decía:

-Así, ¿quién empezó? ¿El hombre o la mujer? ¿Es acaso femenino lo Eterno? ¿Del vientre de qué Abuela provenís, formas múltiples? ¿Qué progenitor os ha fecundado? Dualidad inadmisible. En ese caso, el dios es el niño. Mi mente se niega a dividir a Dios. No admito la división más que con el ánimo de combatirla. Con dios, hay guerra. No existen los dioses, sino un Dios. El reino de Dios es la paz. Todo se reabsorbe y se reconcilia en el único.

Se interrumpió un instante antes de proseguir:

-Para dar sentido a lo divino, el hombre debe localizarlo y reducirlo. Dios es confuso. Los dioses son múltiples. Él es inmenso; ellos, locales.

Volvió a guardar silencio y al poco prosiguió con voz temblorosa, angustiada: -¿Qué razón hay en todo eso, Dios límpido? Tantas penas, tantos esfuerzos... ¿Y para qué? ¿La razón de ser? ¿Y de buscar razones en todo? ¿Hacia dónde decantarse, sino hacia Dios? ¿Cómo dirigirse a Él? ¿Dónde detenerse? ¿Cuándo podremos decir: así sea, no va más? ¿Cómo llegaremos a Dios desde el hombre? Si parto de Dios, ¿alcanzaré mi ser? No obstante, ¿no es acaso Dios una creación del hombre tanto como nosotros lo somos de Él? En la encrucijada de los caminos, en el corazón mismo de dicha cruz, ahí desea permanecer mi espíritu.

Mientras así hablaba, las venas de la frente se le marcaban y el sudor le chorreaba por las sienes. O eso creí ver, pues no podía distinguirlo con claridad en la penumbra; pero oía su respiración, como quien hace un esfuerzo sobrehumano.

Hizo otra pausa y volvió a comenzar:

-No sé dónde empieza Dios, y menos aún dónde termina. Sería más claro si dijera que nunca deja de empezar. ¡Ah! ¡Cómo me embriagan los pues, los ya que, los como! Razonar, deducir... El silogismo más hermoso no me devuelve sino aquello con que lo había formado. Si uso a Dios, lo obtengo. No se me aparece más que planteándolo. He recorrido todos los caminos de la lógica. Estoy cansado de vagabundear horizontalmente. Trepo y deseo tomar impulso. ¡Abandonar las sombras, los despojos, rechazar el peso del pasado! El azur me llama, ¡oh, poesía! Siento cómo las alturas me sustraen. Espíritu humano, allá donde asciendas, te seguiré. Mi padre, experto en mecánica, sabrá brindarme los medios. Iré solo. Soy audaz. Encabezaré la marcha. No hay más victoria posible. Hermosa inteligencia, demasiado tiempo atrapada en la resolución de los problemas, te dispones a explorar un camino no trazado. Desconozco el atractivo que me llama; pero sé que la meta es única: Dios.

Entonces, se apartó de nosotros retrocediendo hasta alcanzar la colgadura, la levantó y la dejó caer sobre su persona.

-Pobre hijo amado -dijo Dédalo-. Como creyera que no lograría escapar del laberinto y desconocedor de que se hallaba en su interior, atendí a su petición y le construí unas alas que le permitirían huir volando. No creía que hubiera más salida que el cielo, cerrados como estaban los senderos terrestres. Sabía de su predisposición mística y no me sorprendió su deseo. Un deseo no sublimado, como habrás podido percibir al escucharlo. A pesar de mis advertencias, quiso subir demasiado y se jactó de sus fuerzas. Cayó al mar. Murió.

-¡Es imposible! -exclamé-. Acabo de verlo vivo hace un instante.

-Sí -continuó-, acabas de ver a alguien que te ha parecido vivo. Pero está muerto. Teseo, temo que tu mente, a pesar de ser griego, es decir sutil y abierto a todas las verdades, no. pueda seguirme pues yo mismo, debo reconocerlo, he tardado mucho en comprenderlo y admitirlo: cada uno de nosotros, cuya alma, el día que sea valorada por la balanza suprema, no será juzgada a la ligera, no vive únicamente su vida. Con el tiempo, el humano se

Librodot

desarrolla, cumple con su destino y muere. Pero el tiempo mismo existe en otro plano, el verdadero, el eterno, donde cada gesto se inscribe según su significado particular. Ícaro era, antes de nacer y lo sigue siendo tras su muerte, la imagen de la inquietud humana, de la búsqueda, del impulso poético, y lo encarnó durante su corta vida. Actuó como él mismo; pero con él no se acaba su persona. Así sucede con los héroes. Sus gestos perduran y, retomados por la poesía, por las artes, se erigen en símbolos continuos. Y de ahí que Orión, el cazador, persiga aún, por los campos elíseos asfódelos, a todas las bestias que cazó en vida; y en el cielo se eterniza con el tahalí su representación estrellada. Y de ahí que Tántalo esté eternamente sediento, y que Sísifo empuje sin cesar, hacia una cima inalcanzable, la pesada roca que arrastra una y otra vez las preocupaciones que lo atormentaban en los tiempos en que reinaba en Corinto. Debes saber que, en los Infiernos, no hay peor castigo que trazar eternamente el gesto inacabado en vida.

»Así como, en toda la fauna, cada animal puede morir sin que la especie a la que pertenece se vea empobrecida, porque no hay individuos entre las bestias, mientras que, por el contrario, entre los hombres no cuenta sino el individuo; así Minos vive en Cnossos preparando su carrera de juez de los Infiernos; y así Pasifae y Ariadna se dejan mecer ejemplarmente por su destino; y tú mismo, ¡oh Teseo!, por ajeno que parezcas y creas serlo, no escaparás, como tampoco escaparon Hércules, o Jasón, o Perseo, a la fatalidad que os ha dado la vida.

»Sepas, pues mi mirada aprendió el arte de discernir, en el presente, el futuro, sepas que te restan por hacer grandes cosas, y en un entorno totalmente opuesto al de tus proezas pasadas, cosas que convertirán esas proezas, en el futuro, en juegos de niños. Aún debes fundar Atenas, donde entronizarás el saber.

»Así, no te afanes en el laberinto, ni en los brazos de Ariadna, una vez consumado el terrible combate del que saldrás triunfante. Sigue adelante. Considera la pereza como una traición. No busques reposo, una vez cumplido tu destino, sino en la muerte. Solamente así, superada la apariencia de la muerte, el reconocimiento de los hombres te concederá la vida eterna. Sigue adelante, no te detengas, continúa tu camino, valiente fundador de ciudades.

»Escucha ahora, ¡oh Teseo!, y recuerda mis instrucciones. Vencerás sin esfuerzo al Minotauro pues, bien manejado, no es tan fiero como lo pintan. Dicen que se alimenta de carnaza, pero ¿cuándo han devorado los toros únicamente pasto? Entrar en el laberinto es fácil. Nada hay más penoso que salir de él. No encontrarás a nadie que no se haya perdido antes. Y para volver sobre tus pasos, pues éstos no dejan huella, debes unirte a Ariadna con un hilo. Te he preparado algunos carretes que llevarás y desenrollarás conforme avances, atando el extremo. del rollo consumido al inicio del siguiente, de modo que no se interrumpa. Y rebobinarás el hilo a tu retorno, hasta llegar al extremo que sostendrá Ariadna. No sé a qué tanta insistencia; es tan sencillo como decir "buenos días". Será arduo, no obstante, conservar hasta el final del carrete la inquebrantable resolución de retornar, resolución que los perfumes y el olvido que instilan, que tu propia curiosidad, que todo, tratará de consumir. Te lo he dicho y no me queda nada más que añadir. Aquí tienes los carretes. Adiós.

Dejé a Dédalo y fui al encuentro de Ariadna.

IX

Librodot

Aquellos carretes fueron la causa de la primera disputa entre Ariadna y yo. Quería que se los entregara y pretendía conservar en su regazo los carretes que me había confiado Dédalo, aduciendo que era tarea propia de mujeres enrollarlos y desenrollarlos, algo en lo que se reconocía especialmente ducha, impidiendo así que me ocupara yo de ellos; en verdad, sin embargo, deseaba ser dueña de mi destino, algo que yo no consentí de ningún modo. Temía asimismo que, al desenrollarlos a regañadientes para permitirme que me alejara de ella y al retener el hilo o al tirar de él, me impediría avanzar según mi voluntad. Resistí, a pesar de sus lágrimas, supremo argumento de las mujeres, sabedor de que cuando uno da el primer paso no hay vuelta atrás.

El hilo no era ni de lino ni de lana, sino que lo había fabricado Dédalo con un material desconocido, contra el que ni siquiera mi espada, como lo comprobé, podía hacer nada. Dejé la espada en manos de Ariadna, resuelto como estaba, después del discurso de Dédalo sobre la superioridad que confieren al hombre los instrumentos sin los que me habría sido imposible derrotar a los monstruos, resuelto, decía, a enfrentarme al Minotauro sin más fuerza que la de mis brazos. En la entrada del laberinto, un porche adornado con la doble hacha que figuraba por toda Creta, le rogué a Ariadna que no se alejara. Quiso atarme a la muñeca el extremo del hilo mediante un nudo que se pretendía conyugal; posteriormente me besó en los labios durante un instante que me pareció interminable. Estaba ansioso por ponerme en marcha.

Me habían precedido mis trece compañeros y compañeras, y entre ellos Pirito; y me tropecé con ellos, ya en la primera sala, totalmente alelados por los perfumes. He olvidado decir que, con el hilo, Dédalo me había entregado un retal de tela impregnad con un poderoso antídoto contra los vapores, instándome a que lo usara a modo de mordaza. Ariadna, en el porche, había querido apoderarse de él. Gracias a la tela, aun cuando me costara respirar, pude mantenerme lúcido mientras navegaba por aquel mar embriagador y dominar mi voluntad. No obstante, de vez en cuando me quedaba sin aliento, pues, ya lo he mencionado, no me siento a gusto más que al aire libre, y me sentía oprimido por la atmósfera ficticia de aquel lugar.

Mientras desenrollaba el hilo, penetré en una segunda sala, más oscura que la primera; llegué a otra más oscura aún; y a otra, que sólo pude recorrer a tientas. Mi mano, apoyada contra el muro, tropezó con el pomo de una puerta que abrí para dejar paso a un haz de luz. Había llegado a un jardín. Ante mí, en un parterre donde florecían ranúnculos, adonis, tulipanes, junquillos y claveles, vi al Minotauro, tendido. Por fortuna dormía; habría debido apresurarme y aprovechar aquel sueño, pero algo me retuvo y detuvo mi brazo: el monstruo era bello. Tal como sucede con los centauros, cierta armonía aunaba en él a la bestia y al hombre. Era, asimismo, joven y su juventud añadía un extraño encanto a aquella belleza; me enfrentaba a unas armas más fuertes que la fuerza y ante las que debería reunir todo mi coraje. No hay mejor modo de luchar que con la ayuda del odio, pero me resultaba imposible odiarlo. Lo contemplé unos instantes. Pero abrió un ojo. Y en ese momento vi que era estúpido y comprendí que debía actuar...

Lo que hice a continuación, lo que sucedió, apenas puedo recordarlo con exactitud.

Aunque conservaba el paño, los vapores de la primera sala habían adormecido mi mente; afectaban mi memoria y, aunque derroté al Minotauro, no guardo más que un recuerdo confuso, voluptuoso. Suficiente, pues me niego a librarme a la fantasía. Recuerdo, como en un sueño, el encanto del jardín, tan embriagador que me era imposible alejar de él mis pensamientos. Y a regañadientes, por culpa del Minotauro, regresé, rebobinando el carrete, a la primera sala, donde me uní a mis compañeros.

Estaban sentados ante un festín de manjares, desconozco quién y cómo los había llevado hasta ahí, y engullían, bebían, se manoseaban y reían a carcajadas, como locos o idiotas. Cuando quise llevármelos, protestaron afirmando que se encontraban a gusto y que no tenían intención de partir. Insistí, les respondí que estaba ahí para salvarlos.

-¿Para salvarnos de qué? -exclamaron y, coaligados de súbito en mi contra, me injuriaron.

Me entristecí enormemente por causa de Pirito. Apenas me reconocía, renegaba de la virtud, se burlaba de su propio valor y proclamaba sin vergüenza que no estaba dispuesto a abandonar aquel presente bienestar por toda la gloria del mundo. Con todo, no podía enfadarme con él, pues sabía que, de no haber sido advertido por Dédalo, yo me habría sumido en semejante estado, habría repetido sus palabras, las palabras de todos ellos. Tuve que golpearlos, propinarles puñetazos, patadas, para obligarles a seguirme. Tanta era su ebriedad que fueron incapaces de oponer resistencia.

De salida del laberinto, con graves esfuerzos recuperaron el sentido y el temple, algo que no estuvo exento de tristeza. Tenían la impresión, me confesaron posteriormente, de haber abandonado una cumbre de beatitud para adentrarse en un angosto y oscuro valle, regresando cada uno a su prisión interior, de donde les sería ya imposible escapar. Con todo, Pirito seguía confuso al recordar aquella pasajera depravación y prometió redimirse con exceso de celo. Poco después se le presentaría la ocasión de mostrarme su devoción.

X

No le ocultaba nada; conocía mis sentimientos hacia Ariadna, y mi resentimiento. Ni siquiera le oculté que Fedra, por niña que fuera, me atraía. Por aquel entonces solía jugar en un columpio colgado entre dos palmeras; y verla balancearse, mientras el viento levantaba su escasa falda, me trastornaba. Pero, no bien aparecía Ariadna, volvía la mirada y disimulaba lo mejor que podía, temiendo los celos de la hermana mayor. Con todo, dejar un deseo insatisfecho es malsano, si bien, para llevar a buen puerto aquel audaz proyecto de secuestro que empezaba a trazarse en mi corazón, era preciso ser astuto. Y entonces Pirito supo inventar, para ayudarme, un subterfugio que demostró su fértil ingenio. Nuestra estancia en la isla, sin embargo, seguía prolongándose, pese a que Ariadna y yo no pensábamos sino en partir. Ariadna no sabía, aun así, que yo había resuelto no marcharme si no era con Fedra. Pirito también lo sabía. Y hete aquí cómo me ayudó.

Como gozara de más libertad que yo, pues Ariadna me tenía encerrado entre cuatro paredes, Pirito tenía tiempo para indagar en las costumbres de Creta y observarlas.

-Creo que he comprendido la situación -me dijo una mañana-. Minos y Radamante, dos legisladores de gran sabiduría, han escrito sobre las costumbres de la isla y, en particular, sobre la pederastia, práctica a la que, como bien sabes, son proclives los cretenses, como muestra su cultura. Hasta tal punto que todo aquel adolescente que alcanza la virilidad sin haber sido escogido por un adulto se siente avergonzado y considera semejante desprecio un deshonor pues es común pensar que, si es bello, dicha falta pone de manifiesto algún vicio del espíritu o del corazón. El joven Glauco, el hijo menor de Minos, semejante a Fedra como si de su doble se tratara, me ha comunicado sus preocupaciones a este respecto. Lamenta el abandono en que se encuentra.

Por más que le he dicho que, sin duda, es su título de príncipe lo que aleja a los amantes, me responde que tal vez sea cierto, pero que ello es aún más descortés y que debería saberse

Librodot

que Minos se siente igualmente taciturno; que Minos, por lo general, no concede la menor importancia al abolengo, al rango ni a las jerarquías. Pese a todo, sería dichoso, en efecto, si algún eminente príncipe, como tú, se interesara por su hijo. He pensado que Ariadna, que demuestra tan inoportunamente sus celos para con su hermana, no sentiría lo mismo con su hermano, pues no es habitual que una mujer tome en consideración el amor de un hombre hacia un chico. En todo caso, sería indecoroso mostrarse recelosa. Así pues, podrías proceder sin temor alguno.

-¡Eh! ¿Acaso crees -exclamé- que en alguna ocasión ha detenido el miedo mis pasos? Pero, aunque griego, no siento la menor inclinación por aquellos de mi mismo sexo, por jóvenes y encantadores que puedan resultar, y ahí me distingo de Hércules, pues no habría dudado en abandonar a Hilas. Por más que tu Glauco se asemeje a mi Fedra, es a ella a quien deseo, no a él.

-No me has entendido -intervino-. No te propongo que partas con Glauco, sino que finjas hacerlo, engañes a Ariadna y le hagas creer, a ella y a todos, que Fedra, con quien huirás, es Glauco. Escúchame con atención: según una de las costumbres de la isla, instituida por el propio Minos, el amante se hace con el joven que codicia y se lo lleva a vivir con él, a su casa, dos meses; después el chico declara públicamente si su amante le agrada y si su conducta ha sido decente. Partir con el falso Glauco a tu casa significa llevártelo en el navío que, desde Grecia, nos trajo aquí. No bien nos hayamos reunido, con Fedra oculta, levamos anclas. También nos acompañará Ariadna, pues es su deber seguirte. Tras todo esto, pondremos proa a mar abierto. Aunque numerosas, las naves cretenses son más lentas que las nuestras y, si nos persiguieran, nos distanciaríamos sin problemas. Expónle el proyecto a Minos. Ten por seguro que sonreirá, por cuanto le harás creer que te interesa Glauco y no Fedra, pues no podría aspirar a mejor maestro y amante para él que tú. Pero antes dime: ¿está de acuerdo Fedra?

-Aún no lo sé. Ariadna procura no dejarme jamás solo con ella, de modo que no he podido intuir su reacción. No obstante, no me cabe duda de que estará dispuesta a seguirme en cuanto comprenda que la prefiero a su hermana.

En primer lugar, había que embaucar a ésta. Así pues, le abrí mi corazón, aunque con falacias, siguiendo el plan acordado. -¡Qué proyecto más maravilloso! -exclamó-. ¡Y cómo me alegra viajar junto a mi hermanito! No dudes de su gentileza. Me llevo muy bien con él y, a pesar de la diferencia de edad, sigo siendo su compañera de juegos predilecta. Nada para abrirle la mente como una temporada en tierras extranjeras. En Atenas perfeccionará el griego, que ya habla correctamente aunque con mal acento, pero no tardará en corregirlo. Serás un excelente espejo donde mirarse. ¡Ojalá acabe semejándose a ti!

Dejé que hablara. La pobre ni se imaginaba cuál sería su destino.

Debíamos advertir asimismo a Glauco, para evitar cualquier incidente. De ello se encargó Pirito. El chico, me dijo posteriormente, en principio se mostró bastante decepcionado. Tuvo que apelar a sus mejores sentimientos para que se decidiera a entrar en el juego, aunque debería decir a salir, para ceder el lugar a su hermana. También hubo que hablar con Fedra. Habría podido ponerse a gritar si hubiéramos intentado secuestrarla por la fuerza o por sorpresa. Con todo, Pirito especuló, hábilmente, sobre la diversión que, tanto el uno como el otro, encontrarían en burlarse de sus padres, y Fedra de su hermana mayor.

Así, Fedra se cubrió con las ropas habituales de Glauco. Ambos eran de la misma estatura y, cuando se hubo recogido el pelo y cubierto la parte inferior del rostro, era imposible que Ariadna la descubriese.

Me costó tener que embaucar a Minos, que había prodigado sus muestras de confianza para conmigo. Me habló del bien que mi influencia supondría para su hijo. Y además, yo era

Librodot

su invitado. Evidentemente, abusaba. Pero en ningún momento dejé que los escrúpulos me detuvieran. Sobre las voces del agradecimiento y la decencia se imponía la del deseo. Todo vale.

Ariadna se nos había adelantado camino del barco, preocupada de que nos sintiéramos cómodos. Aguardábamos únicamente a Fedra para esfumarnos. El secuestro no se produjo con la noche cerrada, tal como habíamos acordado, sino después de la cena familiar. Fedra alegó su reciente costumbre de retirarse de inmediato, de tal modo que nadie advertiría su desaparición hasta la mañana siguiente. Desembarqué junto a Fedra unos días más tarde, en el Ática, después de dejar a la hermosa y fatigosa Ariadna, su hermana, en Naxos.

Al llegar a mis tierras, supe que Egeo, mi padre, que desde la lejanía había visto nuestras velas negras, las velas que había olvidado sustituir, se había lanzado al mar. Ya he dedicado algunas palabras a todo esto y no me apetece insistir. No obstante, añadiré que tuve un sueño, aquella última noche, en que ya me veía rey del Ática... Sea como fuere, como pudiera ser, aquel día fue, para el pueblo y para mí, día de fiesta a causa del gozoso retorno y de mi entronización, y día de duelo por la muerte de mi padre. Por ello instituí poco después unos coros en que se alternaban los lamentos con los cantos de alegría y en los que participamos danzando, mis compañeros inesperadamente liberados y yo. Alegría y desolación: había que mantener al pueblo al tiempo en ambos sentimientos encontrados.

XI

Se me ha reprochado con posterioridad mi conducta hacia Ariadna. Se dijo que había actuado como un cobarde, que no habría debido abandonarla o, cuando menos, no en una isla. ¡Bah! Pero si quería poner mar de por medio. Me perseguía, me hostigaba, me acosaba. Cuando se olió mi argucia y descubrió a su hermana bajo el atuendo de Glauco, montó en cólera, gritó, me trató de pérfido y cuando, en un exceso, le declaré que mi intención era abandonarla en la primera isla en la que el viento, que se había levantado de improviso, nos permitiera o nos obligara a detenernos, me amenazó con un largo poema que se proponía escribir relatando aquel infame abandono. Le respondí que era una idea extraordinaria, que aquel poema prometía ser precioso a juzgar por su furia y los acentos líricos, y que, además, sería un consuelo y que no cesaría de encontrar en él la recompensa a su pesar. Pero todo lo que dije no hizo más que aumentar su enojo. Así son las mujeres en cuanto uno trata de que se avengan a razones. Por mi parte, siempre me he dejado guiar por un instinto que, para más sencillez, considero seguro.

La isla fue Naxos. Se dice que, un tiempo después de haberla dejado ahí, Dionisos se unió a ella y la desposó; otra manera de decir que encontró consuelo en el vino. Cuentan que, el día del enlace, el dios la obsequió con una corona, obra de Hefestos, y que figura en el firmamento, que Zeus la acogió en el Olimpo, concediéndole la inmortalidad. La tomaron incluso por Afrodita. No me preocupé por los rumores e incluso decidí, para acallar las acusaciones, divinizarla, instaurando en su honor un culto en cuyas festividades, al principio, me tomé la molestia de danzar. Y permitidme apuntar que, sin mi abandono, nada de todo esto, tan digno para ella, habría acontecido.

Algunos episodios inventados han alimentado la leyenda: el secuestro de Helena, el descenso a los infiernos con Pirito, la violación de Proserpina. Me guardé mucho de desmentir aquellas habladurías que me proporcionaban aún más prestigio; encarecí incluso a

Librodot

sus narradores para que el pueblo hiciera suyas unas creencias que los habitantes del Ática tienden a ridiculizar. Pues es saludable que el vulgo se emancipe, mas no por irreverencia.

Lo cierto es que, desde mi retorno a Atenas, fui fiel a Fedra. Me casé con la mujer y con la ciudad. Era esposo, hijo de rey difunto: era rey. Atrás quedaban los años de aventuras, me repetía. Ya no se trataba de conquistar, sino de reinar.

Y no era tarea baladí, pues, a decir verdad, por aquel entonces Atenas no existía. En el Ática, un puñado de pequeñas aldeas se disputaban la hegemonía, y provocaban asaltos, disputas e infinidad de luchas. Era preciso unificar y centralizar el poder, y lo logré con esfuerzo. Me serví de mi fuerza y astucia.

Egeo, mi padre, creía que aquella división afirmaba su autoridad. Como considerara que la discordia compromete el bienestar de los ciudadanos, reconocí en la desigualdad de las fortunas y en el deseo por aumentar la suya propia la fuente de la mayoría de males. Apenas deseoso de enriquecerme, y preocupado por el bien público tanto o más que por el mío propio, di ejemplo de sencillez. Con el reparto equitativo de las tierras suprimí de golpe la supremacía y las rivalidades que provocaban. Una medida severa que, ciertamente, satisfizo a los indigentes, es decir, a la mayoría, aunque puso en pie de guerra a los ricos a quienes había desposeído. No eran muy numerosos, si bien hábiles. Me reuní con los cabecillas y les dije:

-No me rijo sino por los méritos personales e ignoro cualquier otro valor. Os servisteis de vuestra habilidad, ciencia y perseverancia aunque, a menudo, con injusticias y abusos, para enriqueceros. Las rivalidades entre vosotros comprometen la seguridad de un Estado que deseo poderoso, al abrigo de vuestras intrigas. Y solamente así podrá hacer frente a las invasiones extranjeras y prosperar. Esta maldita sed de dinero que os atormenta no os brinda la felicidad porque, cierto es, vuestro apetito es insaciable. Cuanto más se amasa, más se desea amasar.

Así, reduciré vuestras fortunas, y lo haré por la fuerza, y cuento con ella, si no lo aceptáis por las buenas. No quedará en mis manos más que el respeto a las leyes y la capitanía del ejército. Poco me importa el resto. Aspiro a que mi reinado transcurra con la misma sencillez con que he vivido hasta este día, y en pie de igualdad con los humildes. Sabré hacer que se respeten las leyes, que se me respete, cuando no se me tema, y deseo que por todas partes se diga: el Ática está gobernada no por un tirano, sino por un gobierno popular; pues todo ciudadano de este Estado tendrá los mismos derechos en el Consejo y no se tendrá en cuenta jamás su linaje. Si no os alineáis voluntariamente a estos preceptos, encontraré el modo, os lo aseguro, de obligaros a ello.

»Reduciré a la nada los pequeños tribunales locales de justicia, las salas de los consejos regionales y reuniré, en la Acrópolis, lo que ya ha sido bautizado como Atenas. Y será ese nombre, Atenas, el que las razas futuras, lo prometo ante los dioses que me amparan, reverenciarán. Dedicaré la ciudad a Palas. Ahora, partid y consideraos advertidos.

Seguidamente, uniendo a las palabras el ejemplo, me despojé de toda autoridad real, entré en vereda, y no temí mostrarme sin escolta a los ojos de todos, como un simple ciudadano. Con todo, continuaba ocupándome sin descanso de los asuntos públicos, velando por la concordia y el orden del Estado.

Pirito, una vez hubo oído mi discurso a los notables, me dijo que lo había encontrado bello aunque absurdo. Pues, aducía, la igualdad es ajena a la raza humana y, aún peor, no es deseable. Los mejores deben dominar sobre el vulgo, amparándose en toda la grandeza de su virtud. Sin nadie a quien emular, o rivalidades o celos, el pueblo no deja de ser una entidad amorfa, estancada, indiferente. Es precisa la levadura que le dé volumen, y procura que no lo haga en tu contra. Lo quieras o no, a pesar de la igualdad primera que deseas, que permitirá que todos, con iguales oportunidades, partan desde un mismo plano, a partir de las diferentes

Librodot

aptitudes, no tardarán en producirse nuevas diferencias. Es decir: una plebe paciente, una aristocracia.

-¡Por los dioses! -intervine-. Cuento con ello y lo espero dentro de poco. Pero no veo por qué ahora la plebe debería sufrir si esa aristocracia emergente, a la que concederé todo mi favor, es, tal como deseo, no una aristocracia del dinero sino de las ideas. Con el objeto de aumentar la importancia y el poder de Atenas, hice saber que acogería por igual a todos aquellos que, procedentes de cualquier tierra, desearan instalarse en la ciudad. Y los voceros empezaron a recorrer las provincias colindantes repitiendo:

-¡Vosotros, pueblo, todos, venid!

Las voces llegaron lejos. ¿Acaso no actuó así Edipo, rey caído, viajando de Tebas al Ática, en busca de ayuda y protección antes de morir? Esa visita me permitió atraer a Atenas la bendición divina de sus cenizas. Aunque de esto hablaré más tarde.

Prometí a los recién llegados, fueran quienes fueran, los mismos derechos que a los nativos y los ciudadanos previamente establecidos, posponiendo toda discriminación ateniéndome a las pruebas. Porque no es posible reconocer los buenos instrumentos más que con el uso. Y no quería juzgar a nadie sino a partir de los servicios prestados.

De modo que si más tarde hube de admitir, entre los atenienses, diferencias y, por lo tanto, una jerarquía, lo hice para mejorar el funcionamiento general de la máquina. Y así los atenienses, gracias a mí, se ganaron sobre el resto de griegos el bello apelativo de pueblo, que les fue comúnmente otorgado, y que no lo mereció nadie salvo ellos. Ahí, superando con creces mis hazañas del pasado, yace mi gloria, una gloria que no alcanzaron ni Hércules, ni Jasón, ni Belerofonte ni Perseo.

Por desgracia, Pirito, compañero en mis inicios, no me siguió. Todos los héroes que he mencionado, y otros como Meleagro o Peleas, no supieron continuar con su carrera después de las primeras gestas, o tal vez de su única hazaña. Yo no quería detenerme ahí. Hay un tiempo para la victoria, le decía a Pirito, para purgar la tierra de sus monstruos, y un tiempo para cultivar y llevar los frutos a un campo adecuadamente abonado; un tiempo para liberar a los hombres del temor y un tiempo para ocuparse de su libertad, para sacar partido de su posición. Y eso era imposible sin disciplina; no consentía que el hombre no fuera más allá de su persona, a la manera de los beocios, ni que anhelara encontrar su fin en una felicidad mediocre. Me decía que el hombre no era libre, que no lo sería jamás y que no era bueno que lo fuera. Pero no podía obligarlo sin su consentimiento, como tampoco obtenerlo sin concederles, cuando menos al pueblo, la ilusión de la libertad. Quise educarlo, sin admitir que se contentara con su destino o que se mantuviera con la cabeza gacha. La humanidad, me repetía una y otra vez, es y puede ser mejor. Recordaba las enseñanzas de Dédalo, que pretendía beneficiar al hombre con todos los restos de los dioses. Mi gran fuerza radicaba en mi fe en el progreso.

Pirito dejó de seguirme a partir de aquel momento. Durante mis años de juventud me había acompañado allá donde fuera, me había ayudado enormemente. Pero comprendí que la constancia de una amistad nos retiene o nos hace retroceder. Llega un punto pasado el cual no podemos avanzar si no es solos. Como Pirito era una persona sensata, seguí prestando atención a sus palabras, aunque sólo eso. Envejecido, dejaba que su sabiduría encontrara reposo en la temperancia, él, que antaño había sido emprendedor. Sus consejos no aportaban más que continencia y limitación.

-El hombre no se merece que se ocupen tanto de él -me decía.

-¿Y de qué preocuparse si no? ¿Existe algo fuera del hombre? -le respondía-. Aún no ha dicho su última palabra.

Librodot

-Cálmate -me decía-. ¿Acaso no has hecho bastante? Lograda la prosperidad de Atenas, descansa en la gloria amasada y en la felicidad conyugal.

Me conminaba a ocuparme más de Fedra y, cuando menos en este aspecto, no andaba errado. Pues debo hablar aquí de cómo la paz de mi hogar se vio turbada y qué terrible dios, transfigurado en rescate, hizo que pagara a los dioses por mis éxitos y mi suficiencia.

XII

Confiaba en Fedra ciegamente. Había visto, cada mes, crecer su gracia. Rezumaba virtud. Comoquiera que la arrebatara tan joven de la perniciosa influencia de su familia, temía que en su interior no permanecieran todas las simientes. Evidentemente, tenía algo de su madre y cuando posteriormente trató de excusarse asegurando ser irresponsable y estar predestinada, era menester reconocer que no carecía de cierto fundamento. Pero eso no era todo: creo, asimismo, que desdeñaba demasiado a Afrodita. Los dioses se vengaron y en vano, algún tiempo después, trató de apaciguar a la diosa con un exceso de ofrendas e imploraciones. Pues Fedra era pía, pese a todo. Todos los miembros de su familia eran píos. Aunque, sin duda, era molesto que cada uno de ellos dirigiera sus votos a un dios diferente. Pasifae, a Zeus; Ariadna, a Dionisos; yo veneraba, especialmente, a Palas Atenea y Poseidón, con quien me unía un compromiso secreto y que, para mi infortunio, me respondía de tal modo que no debía suplicar en vano. Mi hijo, el que tuve con la amazona y al que amaba por encima de todo, adoraba a Artemisa, la cazadora. Su comportamiento, como el de ella, era casto, tanto como el mío disoluto a su edad. Recorría las breñas, los bosques, desnudo bajo la luna; rehuía la corte, las asambleas, las sociedades de mujeres, y no se encontraba a gusto más que entre sus perros, persiguiendo hasta la cima de los montes o por los caminos de los valles la huida de los animales salvajes. Solía criar caballos, los conducía hasta la arena de las playas para cabalgar por la orilla del mar. ¡Cómo lo amaba! Hermoso, orgulloso, insumiso; no era a mí, ciertamente, a quien veneraba, ni a las leyes, sino a las convenciones que restringen las afirmaciones y fatigan el valor del hombre. A él deseaba como heredero. Podría dormir tranquilo, una vez confiadas las riendas del Estado a sus manos puras, pues lo sabía inaccesible tanto a las amenazas como a las adulaciones.

Que Fedra se enamoró de él no lo supe hasta más tarde. Habría debido sospecharlo, semejante como era a mí; semejante, quiero decir, a lo que yo era a su edad. Pero me hacía viejo y Fedra continuaba extraordinariamente joven. Tal vez aún me amara, pero como se ama a un padre. No es saludable, lo supe a mi pesar, que exista tal diferencia de edad entre los esposos. Pero no puedo perdonarle no tanto aquella pasión, tan natural como a medias incestuosa, como, sabedora de que no podría saciarla, el haber acusado calumniosamente a mi Hipólito, imputándole la impura llama que la consumía. Padre ciego, marido en exceso confiado, creí sus palabras. ¡Por una vez que me doblegaba a las protestas de una mujer! Sobre mi hijo invoqué la venganza del dios. Y mi plegaria fue atendida. Los hombres, cuando se dirigen a los dioses, no saben que, a menudo, los dioses los satisfacen para su desdicha. Por una voluntad súbita, irracional, apasionada, me vi asesino de mi hijo. Y aún no he hallado consuelo. Que Fedra, poco después, consciente de su fechoría, se inmolara, fue lo correcto. Pero hoy, privado incluso de la amistad de Pirito, me siento solo; y soy viejo.

Edipo, cuando ingresó en Colon, expulsado de Tebas su patria, sin ojos, desgraciado, por miserable que fuera, tenía junto a él, cuando menos, a sus dos hijas, cuya ternura constante

Librodot

aplacaba sus males. Su empresa había naufragado totalmente. Yo salí victorioso. Incluso la duradera bendición que aportan sus restos al país en que reposan no recaerán sobre la ingrata Tebas, sino sobre Atenas.

Que de aquel encuentro de nuestros destinos en Colon, aquella suprema confrontación en la encrucijada de ambas carreras, se haya hablado tan poco me sorprende. La considero la cúspide, la coronación de mi gloria. Hasta aquel día lo había sometido todo, todos se habían sometido a mi persona, a excepción de Dédalo, aunque éste era mucho mayor que yo; e incluso él se me sometió. En nadie más salvo en Edipo reconocía una nobleza igual a la mía; sus males no hacían sino magnificarlo a mis ojos. Sin duda, yo había triunfado siempre y en todo lugar; aunque, comparado con Edipo, mis triunfos me parecieron humanos e incluso inferiores. Él había hecho frente a la Esfinge; había enfrentado al Hombre al enigma y había osado oponerlo a los dioses. ¿Cómo?

¿Por qué Edipo había aceptado su derrota? Al arrancarse los ojos, ¿acaso no había contribuido a ello? Había, en aquel espantoso atentado contra sí mismo, algo que no acertaba a comprender. Le expuse mi asombro. Su explicación, debo confesarlo, no me satisfizo en absoluto. O tal vez no la comprendiera bien.

-Cedí a un momento de furia-me confesó-, es cierto, que no podía volver más que contra mi persona. ¿Con quién si no podía haberme ensañado? Ante la inmensidad del horror acusador que acababa de descubrirse en mí, sentí la imperiosa necesidad de protestar. No quería acabar tanto con mis ojos como con el velo, con el decorado contra el que me debatía, con la mentira en que había dejado de creer, y llegar así a la realidad.

»¡Pero no! No pensaba precisamente en nada. Actué por instinto. Me arranqué los ojos para castigarlos por no haber sabido ver una evidencia que, como se ha dicho, habría tenido que cegarme. Pero, a decir verdad, no sé cómo explicártelo... Nadie comprendió el grito que lancé en aquel momento: "¡Oh, oscuridad, mi luz!" Y tú tampoco lo entiendes, lo noto. Lo interpretaron como un lamento; era una constatación. El grito significaba que la oscuridad se me iluminaba de súbito con un resplandor sobrenatural, arrojando luz sobre el mundo de las almas. Significaba, el grito: ¡Oscuridad! ¡Tú, a partir de ahora, serás mi luz! Y al tiempo que el firmamento azulado se me cubría de tinieblas, las estrellas poblaban mi cielo interior.

Se calló y, por unos instantes, quedó sumido en una meditación profunda antes de continuar:

-Desde los días de mi juventud pasé por clarividente. Lo era a mis propios ojos. ¿Acaso no había sido el primero, el único, en saber la respuesta al enigma de la Esfinge? Con todo, desde que mis ojos carnales, por mis propias manos, se han sustraído a las apariencias he empezado, creo, a ver de veras. Sí; al tiempo que el mundo exterior se nublaba para siempre jamás a los ojos del cuerpo, una suerte de nueva mirada se abría en mí, mostrándome las perspectivas infinitas de un mundo interior que el mundo aparente, el único existente para mí hasta aquel momento, me había hecho menospreciar. Y ese mundo insensible, entiéndeme, inasible a los sentidos, es, por fin lo sé, el único cierto. El resto es una ilusión que nos engaña y ofusca nuestra contemplación de lo Divino. «Debemos dejar de ver el mundo para ver a Dios», me dijo un día el sabio ciego Tiresias. En aquel momento no lo comprendí, como tú, ¡oh Teseo!, siento que tampoco me comprendes.

-No voy a negar -le respondí- la importancia de ese mundo intemporal que, gracias a tu ceguera, has descubierto. Pero lo que me resisto a comprender es por qué lo opones al mundo exterior en el que vivimos y actuamos.

-Porque por vez primera -contestó-, gracias al ojo interior que percibe aquello que jamás se me había aparecido, he cobrado conciencia repentina de esto: que había basado mi soberanía humana en un crimen y que todo lo que siguió estaba, por consiguiente,

Librodot

mancillado. No sólo mis decisiones personales, sino las de los dos hijos en que abandoné la corona. Pues renuncié inmediatamente a la peligrosa realeza que mi crimen me había otorgado. Y ya conoces las fechorías a que se han entregado mis vástagos y la ignominia que pesa sobre todo aquello que pueda engendrar la humanidad pecadora, uno de cuyos ilustres ejemplos son mis tristes hijos. Pues, en tanto que fruto de un incesto, sin duda ellos están particularmente maculados. Mas pienso que existe una tara original que alcanza a toda la humanidad, de modo que incluso los mejores están tocados por ella, tienden al mal, a la perdición, y que el hombre no sabrá renunciar a ella sin el divino auxilio que le lave aquella mancha primera y lo indulte.

Volvió a guardar silencio por unos instantes, como deseoso de sumirse de nuevo en las tinieblas, pero continuó:

-Te sorprende que me haya arrancado los ojos, y yo también me sorprendo. Mas, ese gesto, desconsiderado, cruel, tal vez oculte algo más, una secreta necesidad de acabar con mi fortuna, de revivir mi dolor y cumplir con un heroico destino. Tal vez presintiera vagamente lo que hay de magnánimo y redentor en el sufrimiento, tanto que al héroe le repugna librarse a él. Creo que ahí se afirma su grandeza y que su valor no se realiza totalmente hasta haber sucumbido, forzando así el reconocimiento de las estrellas y desarmando la venganza de los dioses. Sea como fuere, y por deplorables que puedan haber sido mis errores, el estado de felicidad suprasensible que he alcanzado recompensa ampliamente hoy todos los males que he debido sufrir y sin los cuales, no me cabe duda, no habría podido llegar.

-Estimado Edipo -le dije cuando comprendí que había acabado de hablar-, no puedo sino alabarte por esta suerte de sabiduría sobrehumana que profesas. Mas mi pensamiento, en esta senda, no sabría acompañar al tuyo. Soy hijo de esta tierra y creo que el hombre, cualesquiera sean sus orígenes o sus defectos originales, debe jugar las bazas de que dispone. Sin duda supiste valerte de tu infortunio para alcanzar un contacto más íntimo con lo que llamas divino. Asimismo, no dudo que una especie de bendición ha caído sobre tu persona y que se extenderá, tal como dicen los oráculos, a la tierra en que reposes por siempre jamás.

No añadí que lo que deseaba era que aquella tierra fuera la del Ática y me congratulé de que los dioses hubieran sabido llevar Tebas hasta mi persona.

Si comparo mi destino con el de Edipo, puedo sentirme satisfecho. No ha quedado nada por hacer. Atrás queda la ciudad de Atenas. La he amado, más aún que a mi mujer y a mi hijo. Hice de ella mi ciudad. Mi pensamiento, a mi muerte, sabrá habitarla inmortalmente. Y me acerco, por mi propio pie, a la muerte solitaria. He saboreado los bienes de la tierra. Me resulta reconfortante pensar que después de mí, gracias a mí, los hombres se reconocerán más afortunados, mejores y más libres. Mi obra no tiene más sentido que el bien de la humanidad futura. He vivido.

FIN

Librodot